

Hermanos unidos por Dios



Ruanda

27 de febrero

Pierre iba dando tropezones por el camino de terracería roja, siguiendo a otros que también lo hacían delante de él. No sabía a dónde iba, pero sí que tenía que huir de la muerte que lo seguía.

Pierre tenía 9 años de edad cuando el genocidio de Ruanda cobró las vidas de 800.000 personas de ese país, y destruyó su vida como la había conocido. Su padre, un pastor, había reunido a sus nueve hijos y les dijo solemnemente:

—No sé qué sucederá. Pero si viven, deben mantenerse fieles a Dios. Recuerden el sábado. Recuerden su fe.

Cuando los soldados llegaron, la familia huyó a la iglesia para refugiarse allí. Pero éstos prendieron fuego a la iglesia. El niño aún podía sentir el olor a humo, aún podía escuchar los gritos desesperados de los que morían a su alrededor. De alguna manera, logró escapar del edificio y huir sin que le dispararan. ¿Pero qué había sucedido con su familia? No lo sabía.

Siguió a otros que huían al país vecino de Burundi. Sobrevivió en un campamento de refugiados hasta que le dijeron que el peligro había pasado, y que podían regresar a Ruanda. Nuevamente se encontraba caminando por un sendero polvoriento, esta vez rumbo a su casa.

Cuando dio con su pueblo, encontró una pila de cenizas donde había estado su iglesia. Encontró huesos. Entonces se dio cuenta que era el único que había sobrevivido. Estaba sólo. Las palabras de su padre seguían en su corazón.

—Mantente fiel a Dios, pase lo que pase.

Nueva esperanza, nueva aflicción

Su tía, que vivía en el país vecino de Uganda, vino a buscarlo. Lo llevó a su casa a vivir con ella. Juntos construyeron una nueva vida. Con el tiempo, el dolor agudo de su pérdida se convirtió en un borroso recuerdo. Su fe en Dios fue creciendo cada vez más. Entonces, repentinamente, su tía murió en un accidente. Nuevamente Pierre estaba sólo. Tenía 14 años de edad y no sabía qué hacer ni a donde ir. Lo único que tenía era su fe.

El gobierno de Ruanda proveyó educación gratuita a los sobrevivientes del genocidio, y alguien ayudó a Pierre a inscribirse en la escuela secundaria. Compartió un cuarto con otros dos muchachos, Esdras y Deo, quienes también habían perdido a sus familiares en el genocidio. Los tres muchachos se hicieron como hermanos, unidos por la pérdida y la tragedia.

Pierre terminó sus estudios de secundaria y le otorgaron una beca completa para estudiar en la universidad nacional de Ruanda. Pero la rechazó. Quería estudiar en la universidad adventista en Kigali, aun cuando los beneficios en su calidad de sobreviviente del genocidio no cubrirían todos sus gastos.

—¡Estás loco! —le dijeron sus amigos—. ¡Acepta la beca!

Pero el muchacho se negó a escucharlos. Quería estudiar en la universidad adventista.

—Dios proveerá —les dijo. Cuando Esdras y Deo se dieron cuenta de cuán decidido estaba de inscribirse en la universidad, también presentaron su solicitud. Después de todo, eran hermanos.

Los tres muchachos fueron aceptados en la universidad adventista. Compartieron un pequeño cuarto en una casa cerca de la universidad. Los tres juntaron su dinero, pero nunca tenían lo suficiente para conseguir alimentos adecuados. Aun así, a veces compartían su escasa comida con otros que tenían menos que ellos.

La diferencia es Jesús

Esdras y Deo notaron diferencias entre sus maestros anteriores y el personal y los estudiantes de esta universidad. Los maestros se interesaban personalmente en las necesidades de los alumnos y compartían sus preocupaciones. Los aconsejaban y oraban con ellos. La oración no era solo una formalidad; era el alma de la escuela.

Pierre invitó a Esdras y Deo para que lo acompañaran a los servicios de adoración los sábados y durante la semana. Los servicios de adoración principale se realizaban en el estadio abierto del campus, ya que no tenían un edificio donde adorar. Pero, aun así, asistieron. Al poco tiempo, los muchachos comenzaron a comprender por qué Dios era tan importante en la vida de su amigo.

Durante una semana de oración reciente, Esdras y Deo entregaron sus vidas a Dios y actualmente se están preparando para el bautismo. Pierre se regocija al ver que los hermanos que habían sido unidos por la tragedia ahora serían hermanos unidos por una fe en Dios que es más fuerte que la muerte.

Como Pierre y sus amigos, y miles de otros que sobrevivieron al genocidio de Ruanda, la Universidad Adventista de África Central también se está levantando de la destrucción. El gobierno tomó control del campus universitario original, el cual se encuentra en una región de Ruanda donde todavía hay inestabilidad política. Le dio a la iglesia un terreno en una colina en Kigali, la ciudad capital, y los fondos para ayudar a reconstruir el campus. Hoy, 2.200 alumnos están estudiando en esta universidad que todavía no ha sido terminada. Más de la mitad de ellos no son adventistas.

Parte de las ofrendas de este decimotercer sábado ayudarán a terminar el edificio iglesia-salón de usos múltiples dentro del campus, para poder proveer a los estudiantes un lugar de adoración y donde compartir su fe con otros quienes, como ellos, están aprendiendo que Dios los ama.

El desafío

☛ La Universidad Adventista de África Central se encuentra en Kigali, la capital de Ruanda. Sirve a más de 2.200 alumnos, la mayoría de los cuales no son adventistas. Pero su ministerio es impedido por la falta de un salón principal de reuniones en el cual puedan tener sus cultos de adoración y otros tipos de actividades complementarias.

☛ El año pasado se dio comienzo a la construcción de un nuevo edificio iglesia-salón de usos múltiples en el campus para satisfacer una necesidad urgente. Parte de las ofredas de este decimotercer sábado ayudarán a terminar la construcción de este edificio que ministrará a todos los alumnos sin tomar en cuenta su fe.